

Pola redentora

La pasión de Policarpa

PEDRO BADRÁN PADAUÍ

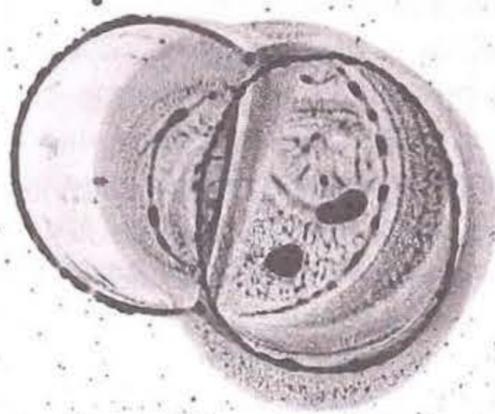
Grijalbo, Bogotá, 2010, 402 págs.

BADRÁN HA publicado: colecciones de cuento (*El lugar difícil*, 1985; *Simulacros de amor*, 1996 y *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar*, 2002), varios subgéneros de novela: fantástico (*Lecciones de vértigo*, 1994), realista (*El día de la mudanza*, 2001), juvenil (*Todos los futbolistas van al cielo*, 2002), negro (*Un cadáver en la mesa es mala educación*, 2006), y dos encargos biográficos (*Charles Chaplin: un clásico moderno*, 2004 y *Marcel Marceau: el cuerpo infinito*, 2009). En el prólogo del libro *Crónicas y relatos de la Independencia* (2009), editado y anotado por él, Badrán puntualizaba: "Todavía no se ha estudiado suficientemente el papel cumplido por las mujeres de la gesta emancipadora. Con todo, el papel de Policarpa Zalabarrieta, cuyo apellido vizcaíno fue castellanizado, ha entusiasmado a dramaturgos y aún a filósofos como Fernando González que ven en la heroína el símbolo de la Independencia" (pág. 17). Un año después, el magangueleño entra a formar parte de este grupo de escritores entusiasmados al que hace referencia, con la publicación de su novela basada en la vida de la joven patriota.

Esta novela forma parte a un tiempo de dos tradiciones en la literatura colombiana: en primer lugar, una reciente que aborda la temática de la independencia, proceso que se inició en 1810, se interrumpió en 1816 y se consolidó en 1819; a esta tradición pertenecen también obras de Rafael Baena, Fernando Cruz Kronfly, Gonzalo España, Hernán Estupiñán, García Márquez, Andrés Hoyos, Jaime Manrique, Álvaro Miranda, Antonio Montaña, Víctor Paz Otero, Álvaro Pineda, Enrique Santos Molano y Mauricio Vargas, entre otros. Una segunda tradición, menos reciente tiene que ver con novelas protagonizadas por la heroína de Guaduas, a esta pertenecen: *Policarpa* (1891) de Constancio Franco Vargas, *Redoblan los tambores: novela basada en la vida de Policarpa Salavarrieta* (1964) de Augusto Morales Pino, *La criolla*

Policarpa Salavarrieta (1969) de Enriqueta Montoya de Umaña y *Yo, Policarpa* (1995) de Flor Romero.

Con una voz omnisciente, de frases largas y descriptivas, escritas con riqueza léxica, mucho sabor local y coherencia con la época que describe, lo que le aporta verosimilitud, *La pasión de Policarpa* constituye un relato de ficción histórica sólido y profusamente documentado. A lo largo de sus cuatro capítulos, narra la vida de la heroína Gregoria Apolonia Zalabarrieta, mediante dos ejes temáticos discernibles con facilidad: de un lado, la historia de amor entre la joven y el oficial criollo Alejo Zabaraín; de otro, la atmósfera llena de sangre y zozobra propia de la reconquista española de los territorios granadinos, misión encargada al pacificador Pablo Morillo y a un ejército de más de quince mil hombres.



El primer capítulo se nutre más de la imaginación, los otros más de fuentes históricas, con seguridad primarias, las mismas que debió leer Badrán para componer la antología de textos sobre la independencia. El primer capítulo es tedioso y quizá un poco largo; en general, la novela hubiese quedado más compacta podando un poco.

Entreverados en los cuatro capítulos se presentan textos en cursiva de dos tipos: unas veces son monólogos oníricos de Apolonia, protagonizados por cabezas sin cuerpo, otras, o bien misivas de Barbarita Cuervo (actriz amiga de la protagonista), o bien respuestas de doña Andrea Ricaurte de Lozano (la señora de la casa en donde vivió en Santafé), remitidas a un cronista no identificado, que al parecer es quien está detrás de la autoría del texto que leemos. Los primeros no cumplen ninguna función argumental, ni

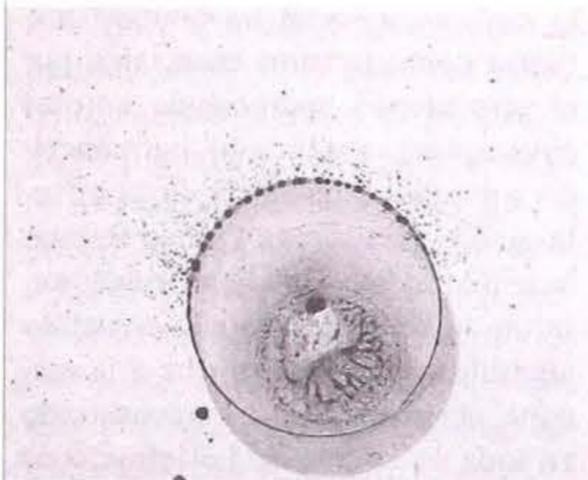
formal, ni de verosimilitud, ni estética, son meros "decorados" superfluos y hasta prescindibles; los segundos, si bien contribuyen a que la novela gane en verosimilitud, no hay fundamento para presentarlos en cursiva, pues establecen jerarquías dotando esos fragmentos de una importancia que no tienen.

Apolonia, costurera afecta a las actividades revolucionarias, y Alejo, alférez del ejército patriota, tienen en su amor, en la remembranza de sus breves encuentros y en su inalterable voluntad de servicio a la libertad del antiguo virreinato de la Nueva Granada, las únicas razones válidas para permanecer con vida. A su alrededor, y en medio de un ambiente enrarecido por los allanamientos, las ejecuciones en las plazas, las prácticas militares sin justificación, las conjuras de oficiales y civiles afectos a la causa patriota y las represalias contra los ciudadanos comunes, se acentúa el abandono del régimen virreinal sito en Cartagena hacia el resto del país y se fortalece la brutalidad del gobernador Juan Sámano, su representante en Santafé.

De carácter decidido, perspicaz y con inusual belleza —que ya empieza a hacerse evidente y censurada en toda la población de Guaduas—, la joven Zalabarrieta es requerida, por una prestante dama, para atender a los asistentes a un baile que se celebrará en honor del general Bolívar, recién llegado a la villa con su menguado ejército. Comienza el año 1815. Este episodio, inventado por Badrán, constituye el inicio del relato y determina la decisión de la muchacha de convertirse en seguidora fiel a la causa libertaria.

Durante el agasajo brindado a los oficiales, Apolonia despierta la curiosidad de Bolívar, quien repara en su talante poco servil y la invita a bailar con él. Al final de este encuentro, el general caraqueño la insta a dirigirse a Santafé, donde sin duda hallará la manera de servir a la causa patriota. Aún desconcertada con las palabras de Bolívar, la muchacha decide colaborar con la rebelión enviando provisiones y medicinas a las guerrillas del Llano, que intentan organizarse. No tarda en llegar, por sugerencia de su hermano —un fraile agustino—,

el momento de dirigirse a Santafé para servir en casa de doña Andrea Ricaurte de Lozano, una prestante dama de la sociedad capitalina.



Allí, bajo su tutela, Apolonia tiene contacto directo con las actividades insurgentes que buscan instaurar de nuevo la República. La predicción de Bolívar cobra sentido cuando la joven comienza a prestar sus servicios, con oído atento, como costurera en el hogar de otras personalidades distinguidas de Santafé. Al culminar su labor, pone al corriente a su protectora acerca de las conversaciones y visitas que tienen lugar en esas mansiones.

Junto con su recuerdo y el deseo de reunirse algún día con él, Apolonia (que pronto adopta el nombre de Policarpa, con el que será conocida entre los patriotas rebeldes) conserva una escueta carta de amor del alférez Alejo Zabaraín, de quien se enamoró en su temprana juventud. Zabaraín, hecho prisionero por las fuerzas de Juan Sámano en el combate de la Cuchilla del Tambo, se ha salvado de morir fusilado gracias a un indulto expedido, desde España, por el rey Fernando VII. Enfermo por las calenturas, los parásitos y el maltrato de los soldados realistas, espera en una celda, junto con otros compañeros de armas a que se haga efectiva la orden de libertad. Solo la ardiente evocación de Apolonia, que lo asalta en medio de la batalla, en el tedio del presidio o durante el calor de las fiebres, le permite soportar los penosos días que debe vivir desde su ingreso a los ejércitos patriotas.

Cuando al fin las autoridades le permiten salir de la prisión, agotado y malnutrido, elige continuar al servicio de la conspiración patriótica en Santafé, pese a las sugerencias de sus antiguos compañeros de ejército para

que se retire a descansar en Tocaima y, también, soslayando el compromiso adquirido al ser indultado, ratificado con su firma, de guardar lealtad y obediencia al rey.

A través de sus labores como costurera y espía, Policarpa no tarda en conocer la noticia: el alférez, que se ha salvado de la muerte gracias a la generosidad de Fernando VII, se reunirá en breve con su prometida, la joven María Ignacia Valencia, santafereña con la que se radicará en Popayán luego de su matrimonio. Policarpa, decepcionada por la ingratitud del hombre que ama y, al mismo tiempo, feliz de no saberlo muerto, encuentra consuelo en su amiga Barbarita Cuervo, una desparpajada actriz y bailarina que conoció a su llegada a la capital. En una caminata con la amiga, Policarpa acepta las lisonjas de José María Arcos, un escribano patriota enrolado por obligación en el ejército realista, por cuyas manos pasan con frecuencia informes sobre el estado de las tropas y comunicados del propio gobernador Sámano. Así, con sus pensamientos divididos entre los dos hombres, Policarpa iniciará una delicada tarea de espionaje en el Batallón del Tambo. A ella se sumarán su encuentro con Alejo Zabaraín y el cerco del sanguinario gobernador en torno de los ciudadanos que anhelan la instauración definitiva de la República.

El rasgo característico de este texto es su riguroso apego al vocabulario y al estilo que puede hallarse en las crónicas escritas por los testigos de la época. Es notoria y afortunada, la decisión del autor por un tono que proporciona la verosimilitud necesaria a la ficción histórica y que además la enriquece con sus circunloquios y figuras, dando una idea aproximada del color local de la época.

Badrán opta por dejar el relato en manos de un narrador omnisciente: un cronista que da noticia de la vida y actividades rebeldes de Policarpa, auxiliado en primera instancia, por la correspondencia que sostiene con las dos mujeres más importantes para ella. Las breves cartas, siete en total y dispersas a lo largo de las cuatro partes del libro, proporcionan el marco histórico necesario para continuar con la lectura de ciertos pasajes, informan acerca de las actividades o vivencias

de los protagonistas y, como documentos 'reales' en medio de la ficción, también aportan ese sustrato que confiere credibilidad a la anécdota.

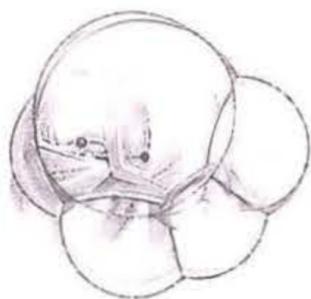
Con ello, es evidente el rigor documental y la meticulosa labor de investigación de los que dispone la novela al describir los hechos, lugares y personajes de la época recreada. Por supuesto, a este plano construido a partir de datos fidedignos se superpone el irreal, el novelesco: Policarpa baila con el Libertador, en un encuentro imaginario que precipita sus deseos de combatir al enemigo, aunque no sabe de qué manera, en busca de la emancipación de la Nueva Granada. Un poco más adelante, el cronista se libra de compromisos: "En Las Guaduas, por ejemplo, nadie hablaba de aquel baile ofrecido en honor del general Bolívar, y mucho menos de la divertida contradanza que tanta fama le dio entre los rebeldes" (pág. 112).

Así mismo, el amor entre la heroína y el alférez, que es puesto en duda por algunos autores (al punto en que se menciona a éste como el delator, bajo tortura, de aquélla), constituye uno de los elementos fundacionales de la novela.

En el mismo plano imaginario, en el que se sitúan personajes como el barbero Bernabé Rodríguez Bautista—quien en el relato enseña las primeras letras a Apolonia—, el cronista de *La pasión de Policarpa* se sumerge en la psique de los personajes, en sus monólogos interiores o en sus pensamientos fugaces, y en detalladas descripciones de los ambientes y personas, en particular de sus olores. En éstos últimos, el relato se detiene en forma recurrente y enfática: "El oficial ya se había tendido, con las botas embarradas, sobre la cama. Todo su cuerpo olía al sudor de muchos días de andar en bestia con la guerrera y los calzones pegados a la piel. Ahora se limpiaba su mugre con las sábanas" (pág. 59); o bien: "Olfateó el aroma de tabaco y cebolla que era el perfume de la hija del alquilador de mulas" (pág. 252). Un recurso que resulta muy eficaz al situar la acción en un ambiente hostil, sangriento, hediondo e insalubre.

No es el único *leitmotiv* de la novela. Policarpa sueña con sangre, cuerpos decapitados y gallinazos, y la descripción de esas visiones, con que se

inicia cada uno de los cuatro capítulos, aparece también intercalada, junto con las cartas dirigidas al cronista, a lo largo del relato. De manera infortunada, el vigor premonitorio de las imágenes de los sueños (o del mismo sueño) decae al prolongarse la lectura. La reiteración y el parecido entre las escenas oníricas no logran iluminar ni enriquecer los más crudos pasajes de la novela; pudieron haberse omitido algunas de ellas.



Igualmente, existe un detalle en torno de las cartas dirigidas al cronista que no pasa inadvertido al lector. Éstas, escritas por doña Andrea, la protectora de Policarpa, y por Barbarita, su mejor amiga, parecen ser, a la luz de la ficción, obra de la misma persona. Un leve vuelco en el estilo y en la redacción de cualquiera de las dos remitentes resolvería esta impresión. No son éstas, sin embargo, desproporciones que alteren la fluidez del relato y su cuidadosa estructura.

Si la madurez del Badrán cuentista fue quizá su libro de 2002, *La pasión de Policarpa* es quizá su madurez como novelista; es la novela más ambiciosa del autor y hasta el momento la mejor; en esta, el lector encontrará un pormenorizado retrato social y político de la maltrecha y violenta república de los años de la “pacificación” y una honesta semblanza de gran parte de sus protagonistas: personas cuyo supuesto coraje y compromiso con la libertad se cubren, en ocasiones, con la duda; por ejemplo, a pesar de que en sus *Memorias* afirma lo contrario, a José Hilario López puede vérselo en la novela entre las filas del ignominioso pelotón de fusilamiento.

Ante la cercanía de su muerte a manos del enemigo, Apolonia reflexiona sobre la pertinencia de su sacrificio: éste, por sí mismo, no llevará a la patria a su emancipación; y si

continúa sin perdonar a sus verdugos tampoco se salvará de la condenación eterna. Quedan, entonces, solo preguntas: “Ni la muerte infinita o repetida de Morillo, de Enrile y de Sámano, de todos los verdugos, ni siquiera la del monarca español sería suficiente para detener los ríos de sangre que correrían eternamente por el reino. Y mucho menos la muerte de Jesucristo. ¿De qué había servido esa pasión? ¿De qué serviría la suya?” (pág. 389).

Carlos Soler

Del spleen de la memoria reelaborada

Lejos de Roma

PABLO MONTOYA

Alfaguara, Bogotá, 2008, 178 págs.

SI BIEN es cierto que toda recreación histórica representa por igual una relectura particular —como ocurriera al padre tutelar de la historia, Heródoto, pues la investigación emprendida por este era de alguna forma una interpretación, fantasiosa y exagerada para algunos frente a afirmaciones como el informar que el esperma de los etíopes era tan negro como su piel—, también lo es que muchos de esos hechos solo son reformulables a través de la especulación y, sobre todo, desde las posibilidades epistémicas propias a la literatura como medio para poner en situación el elemento central de la historia, esto es, la propia condición humana. Aquellas valoraciones de carácter metahistórico que en algunos casos suelen visitar la ficción narrativa, pueden tener la propiedad de reescribir esa historia desde sus pliegues para —un poco bajo el cuidado que demandaría la historiografía— dar un nuevo significado a la realidad como objeto susceptible de confrontación, en otros casos, se corre el riesgo de encontrarnos ante un mamotreto sin mayor prenda literaria pues ni sirve como documento histórico confiable y menos aún como lectura que puede deparar algo de momentáneo entretenimiento. Lejos de estos dos casos, la novela histórica que se viene escri-

biendo en los últimos años en Colombia ha corrido con algo de suerte. Si por un lado los medios y el comercio no parecen querer poner sus ojos más que en las historias fofas y planas que la coyuntura social ha querido instaurar como lecturas esenciales, por el otro vienen apareciendo autores cuya apuesta estética ha permanecido a prudente distancia de la novela-guion —léase Jorge Franco Ramos, Mario Mendoza—; de la relamida literatura *light*; del testimonio escueto y amarillista que de la noche a la mañana convierte a un exsecuestrado en toda una figura de las letras; o de aquellas que tarde vienen a incorporarse en una onda ochentera-*underground* de visible corte adolescente, como es el caso de Efraím Medina Reyes o como puede verse en libros como *Fondoblanco* (2008) de Alejandro Arciniegas Alzate, especie de confesión narcótica que se nos quiere hacer pasar por novela. Aunque breve, la lista de autores rescatables en relación con la novela de tinte histórico podría confirmar, como afirmara no hace mucho la revista *Arcadia*, aquello de que el país estaba pasando por un supuesto *boom* del género, véase para la muestra al periodista y reportero gráfico Rafael Baena —su novela *Tanta sangre vista* (2007) se desarrolla en la Guerra de los Mil Días—, a autores como Fernando Toledo, Andrés Hoyos, William Ospina, Nahum Montt, Enrique Serrano, o a Juan Gabriel Vásquez y su *Historia secreta de Costaguana* (2007), sobre la figura del escritor Joseph Conrad y su única novela, *Nostramo*.

Sin ser ésta del todo una novela que puede asumirse como histórica, pues su factura emprende otra suerte de empresa al permitirse la disgregación psicológica en relación con un hecho específico, el exilio del poeta Ovidio, *Lejos de Roma* de Pablo Montoya (Barrancabermeja, 1963) constituye todo un trazado de las pasiones humanas, aquellas que el desarraigo potencia a través de temas como la nostalgia, el amor, el deseo, el poder, la ambición, acaso desde la construcción de un personaje que pierde el molde de lo real para constituirse en paradigma de desencuentros y amargura, para permitirse, según se afirma en el libro, el “hablar de la búsqueda